

El filósofo que amaba el cine

MARY G. SANTA EULALIA *

E

l cine se ha venido introduciendo, pausadamente y a duras penas, por los resquicios, apenas perceptibles, entre uno y otro de los conocimientos científicos, literarios y artísticos (cuyo conjunto constituye la cultura de un individuo, de una sociedad o de una era). A duras penas, porque le ponían múltiples trabas: la pintura y la danza; la literatura y la música; la escultura y la composición; el drama y la oratoria; la arquitectura y la poesía. Habían

llegado antes. Habían copado todo el campo. Recelaban del recién llegado. Le negaban importancia, categoría. Gracias a prolongados estudios sobre su identidad realizados por unos pocos investigadores competentes, fue ganando respeto hasta que se hizo una brecha en el muro que le cerraba el camino. Al fin, se le dio el correspondiente visto bueno y se le clasificó, con todos los honores, como séptimo arte. Uno de esos espíritus investigadores, entre los más adelantados, en España, fue el filósofo Julián Marías, miembro de una generación que se familiarizó a temprana edad con las obras en celuloide, todavía mudas. Fue consciente de su desarrollo y de su fecundidad. Se aficionó a ellas; muchas, obras maestras. Comprendió su compromiso de arte-entretenimiento-industria, y su grandeza, como modelo de representación sin par de la vida humana. Y les fue fiel durante más de sesenta años, de los cuales alrededor de una tercera parte la dedicó a su crónica y a su asimilación a la filosofía. Primero en el semanario *Gaceta Ilustrada*, desde 1962 hasta 1982. Posteriormente, en 1988, reanudó dicha tarea, en las páginas de *Blanco y Negro*, el (temporalmente) recobrado suplemento de ABC.

No sólo se convirtió en admirador íntegro, sino que advirtió las calidades propias de la producción fílmica, que una mayoría de intelectuales no había sabido detectar y que, como otros elementos de su estirpe, contribuye a refinar al hombre incitándole a ejercitar sus facultades intelectuales. Porque Marías entendía el cine como un sistema de exploración, con medios absolutamente nuevos y originales, de la vida humana. “Una colección de películas —decía—

* Escritora. Crítica de cine.

vistas en su adecuada perspectiva, nos daría lo que podría llamarse una 'antropología cinematográfica' hecha de imágenes interpretadas, de imágenes directamente inteligibles".

Lo que Julián Marías supo y quiso transmitir sobre el cine no fueron, pues, meras observaciones superficiales, anecdóticas y tópicas de películas recién estrenadas; los hallazgos eventuales de unos realizadores más o menos creativos o las emociones mejor o peor comunicadas por unos intérpretes o por otros.

Su labor, sin duda, recibida y apreciada por muchos lectores, lo fue también en sectores más representativos, donde se pudo calibrar y reconocer públicamente la singularidad de sus aportaciones, cuando el día 16 de diciembre de 1990 era recibido en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Institución centenaria que, con el ingreso de Luis García Berlanga (Bienvenido, Mr. Marshall), en 1988, se había modernizado al sentar, junto a las artes tradicionales, a las artes de la imagen (cinematográfica, fotográfica y televisiva). En esa línea innovadora, lenta, pero continuamente, siguió llamando a más gentes del cine a sus filas, incorporando sucesivamente como académicos a José Luis Borau (Furtivos) y Manuel Gutiérrez Aragón (Maravillas).

El sensible filósofo que era Marías, a impulsos de las connotaciones del cine con todo lo que atañe al hombre del siglo XX, se refirió a él en varios de sus libros, por ejemplo, en Introducción a la Filosofía, 1945; en La imagen de la vida humana, 1956, donde tres capítulos versan sobre este tema: La pantalla, El mundo cinematográfico y El cine como posibilidad. Tiene publicados, en 1967, en dos tomos, parte de sus escritos aparecidos en Gaceta Ilustrada, y en sus Memorias, en el segundo de sus tres tomos, reservó un capítulo al cine, recordando los veinte años ininterrumpidos que mantuvo una sección titulada "Visto y no visto", en el semanario antes citado, hasta la desaparición de éste. Aquella colaboración (compatible con sus clases, sus traducciones, sus escritos y sus viajes) consistía en artículos totalmente libres, inspirados en cuestiones referidas al universo fílmico, partiendo de un argumento, una interpretación o una película, no siempre vista en España, sino en otro país, porque, a veces no llegaban aquí "o no las dejaban llegar".

Julián Marías descubrió, en un primer encuentro, para su propio disfrute, y, poco más tarde, cuando lo divulgó, para la satisfacción de quienes leyéndole aprovecharon aquel hallazgo, que el cine había despejado el terreno delante de nosotros. Apuntaba en su favor el haber conseguido la dilatación del horizonte de los hombres del siglo XX, "el hecho de que los habitantes de los lugares más aislados y remotos de la tierra tengan acceso visual y eficaz a la anchura del mundo".

Sobre este aspecto insistía, porque el invento "nos había permitido contemplar cosas lejanas, acaso soñadas, pero nunca vistas; gracias a él innumerables personas han tenido acceso a las porciones más remotas del mundo, en un prodigioso enriquecimiento reservado a nuestro siglo, desconocido de todos los anteriores". Así lo declaró en el discurso de su recepción en Bellas Artes.

También señaló que el cine nos hace notar los mínimos detalles, desde el deslizamiento de la lluvia sobre el vidrio de una ventana hasta la movilidad de un coche, las sensaciones de ansiedad, de anticipación, de ilusión o de miedo, cuántas maneras hay de abrir una puerta, de encender un cigarrillo, de beber una copa o de pagar un gasto, con un fajo de billetes o con una sola y mísera moneda arrancada del fondo de un bolsillo exhausto.

Opinaba que el cine nos había hecho salir de la abstracción en que se había solido vivir. Que presenta la realidad humana concreta: el amor, el cansancio, la fatiga, el hambre o la ira, la desesperanza y la dignidad, con las idóneas posturas y los gestos que revelan esos estados de ánimo y otros más, como: poder, orgullo, parálisis, etc.,etc.

Ensalzando lo que es hoy el cine, arte joven, ante la milenaria historia de otras artes, el filósofo discípulo de Ortega y Gasset, bajo cuya tutela se escribieron las primeras críticas de cine en España, se imaginaba sus posibilidades de cara al futuro, con sus facultades para madurar y crecer y mejorar mediante las demás artes, cargadas de sapiencia y experiencia. En el mismo discurso, Marías hizo mención de uno de sus libros más personal y estrictamente filosófico, Antropología Metafísica, al escribir el cual se dio cuenta de lo que le debía al cine personalmente. Confesó que muchas ideas que en aquel libro “alcanzaron formulación rigurosamente teórica” se le habían ocurrido contemplando películas o reflexionando sobre ellas. Había tenido que elaborarlas, hacer que fuesen filosóficas, “pero formaban parte de esa ‘prefilosofía’ de que la filosofía tiene siempre que partir para volver sobre ella y elevarla al nivel de la teoría, de la verdad justificada” o, como prefería decir, “de la visión responsable”.

Añadía: “Y entonces descubrí algo inesperado y acaso aun más interesante: que puede haber una ‘antropología cinematográfica’, porque el cine es, con métodos propios, con recursos de los que hasta ahora no se había dispuesto, un análisis del hombre, una indagación de la vida humana”. Concluía agradeciendo su ingreso en la Academia y recomendando que ésta se ocupara del cine porque merecía que le dedicara su atención y sus luces.

De las dotes persuasivas de Julián Marías, en su consistente exposición respecto del cine, cabe señalar que el interés que había producido durante años, en lectores anónimos de sus columnas escritas, actuó por medio de las palabras de su discurso y prendió directamente en el arquitecto Fernando Chueca Goitia. El arquitecto, a quien correspondió contestarle en la ceremonia de ingreso en la Academia de San Fernando, no se manifestó particularmente cinéfilo. Sin embargo, Marías le motivó a considerar su propia actitud y juicio sobre el cine. No ocultó su preferencia por el género “negro”, el sabor agrio y la fuerza terca del gangsterismo. Declaró su escasa simpatía por la comedias llamadas “americanas” (aunque citando a los galanes protagonistas de las mismas, sin error, como a las divas del Star System, del que no había olvidado la fascinación que ejerció sobre él la rubia Clara Bow). A borbotones, le brotaron nombres a Chueca Goitia de aquella corte legendaria: Greta Garbo, Ingrid Bergman, Alida Valli, Kim Novak, Claudet Colbert. Sospechosamente largo inventario, para no ser un frecuentador del cine. Habla muy claro sobre la

influencia del mismo, hasta en los menos inclinados a admitirlo. Que, de hecho, lo admiten.

Julián Marías (que, indudablemente, lo amaba) profetizaba aun más prodigios del espectáculo, de sus efectos como potenciador de una nueva dimensión, como instrumento que otorga al sentido de la vista las máximas posibilidades, como clave que amplía la percepción del mundo.